

EL LABORIOSO CAMINO DE LA REFORMA LITÚRGICA*

Cesare GIRAUDO

Desde sus primeros pasos hace ya cincuenta años, la reforma litúrgica del Vaticano II prosigue su camino, que desde el principio se reveló nada fácil. Mientras algunos quisieran verla embalada sobre una recta sin cruces, otros la quisieran ya en un cambio de sentido en «u». Entre los que apoyan ambas posturas se ha extendido desde hace años el mutuo lanzamiento de dardos que revela lo que no agrada de la superficialidad de unos o del fundamentalismo de otros. ¿Qué hacer? ¿Proseguir despreocupadamente la marcha o invocar nostálgicamente una «una reforma de la reforma»?¹

A esta cuestión que, así formulada, se revela como un falso dilema, hay que responder por vía indirecta, a partir de un examen de conciencia, sereno y desapasionado, de la hodierna *ars celebrandi*. A menudo esta expresión se entiende como si tuviese que ver solo con quien preside. Pero si tenemos presente que toda la asamblea está implicada en la celebración, descubrimos que, junto al *ars celebrandi* de quien preside, existe el *ars celebrandi* respectivamente del diácono, del lector, del acólito, del cantor y de toda la «asamblea

* Este punto de vista, preparado por el autor en italiano para la revista *Phase*, ha sido traducido al castellano por Lino Emilio Díez Valladares.

1 Un comunicado de la Sala de prensa Vaticana del 11 de julio de 2016 sugiere evitar esta expresión, «dado que a veces ha sido fuente de equívocos».

celebrante».² En esta constatación nos hemos de dejar guiar por una consideración precisa e imprescindible: si un concilio ecuménico, como fue el Vaticano II, consideró deber afrontar a propósito el discurso sobre la liturgia y quiso presentar la reforma litúrgica como primicia y perla de sus deliberaciones, ello quiere decir que era realmente necesaria para el bien de los fieles. La reforma litúrgica salió pura de las manos de Pablo VI y de los organismos competentes que le rodearon. Si después nos encontramos impurezas, es un tema que se afronta con determinación, y con la total disponibilidad a buscar los remedios oportunos.

1. EL «MISAL» DE PABLO VI, O LA REALIZACIÓN DEL SUEÑO DE PÍO V

A quienes querrían hacer comenzar la tradición litúrgica con aquel Misal que la Bula *Quo primum* de Pío V presentó como definitivo, intangible e inmutable,³ se ha de recordar que la tradición tiene una vida mucho más larga de la que un preciso segmento de la historia pueda hacer entender. Consciente de esta ininterrumpida continuidad a lo largo de dos milenios de historia, tras la revisión de los libros litúrgicos actuada por Pío V por mandato del Concilio de Trento, el Vaticano II se aplicó nuevamente a la delicada tarea de la restauración. Afirma la Constitución conciliar:

Revítese el ordinario de la misa, de modo que se manifieste con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión y se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles. En consecuencia, simplifíquense los ritos, conservando con cuidado la sustancia; suprimáanse aquellas cosas menos útiles que, con el correr del tiempo, se han duplicado o añadido; restablézcanse,

2 Aunque recomendando la debida cautela en la utilización de la fórmula «asamblea celebrante», con el fin de tutelar la diferencia sustancial entre sacerdocio bautismal y sacerdocio ministerial, la Instrucción *Redemptionis sacramentum* (núm. 42) reconoce su validez.

3 La cláusula final de la Bula *Quo primum* afirma: «[...] decretar que jamás se agregue, suprima o cambie nada a este *Misal* nuestro recién editado, lo establecemos y ordenamos mediante nuestra Constitución presente, verdadera a perpetuidad, y bajo pena de nuestra indignación [...]. Mas si alguien se atreviere a atacar esto, sabrá que ha incurrido en la indignación de Dios omnipotente y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo».

en cambio, de acuerdo con la primitiva norma de los santos padres (*ad pristinam sanctorum patrum normam*), algunas cosas que han desaparecido con el tiempo, según se estime conveniente o necesario (SC 50).

Retomando de la Bula *Quo primum*, con la que Pío V promulgó el *Misal* tridentino, las palabras referidas aquí en latín, la constitución *Sacrosanctum Concilium* quiso subrayar la clara voluntad de retomar un proyecto ya iniciado, pero que los condicionantes histórico-culturales no permitieron llevar a término. En concreto, ¿en qué consistía esta tarea de restauración? Para obtener una respuesta, basta comparar la división de la misa en las rúbricas generales del *Misal* de 1570 y del *Misal* de 1970 respectivamente.

Así se presenta la estructura de la misa en el *Missale Romanum* del 1570:

- 1) *De principio missæ et confessione facienda*; 2) *De introitu, Kyrie eleison et Gloria in excelsis*; 3) *De oratione*; 4) *De epistola, graduali et aliis usque ad offertorium*; 5) *De offertorio et aliis usque ad canonem*; 6) *De canone missæ usque ad consecrationem*; 7) *De canone post consecrationem usque ad orationem Dominicam*; 8) *De oratione Dominica usque ad factam communionem*; 9) *De communionem et orationibus post communionem dicendis*; 10) *De benedictione in fine missæ et evangelio sancti Ioannis*.⁴

En función de esta distribución, que con algún ajuste se lee aún en el último *Misal* tridentino (1962),⁵ nadie puede negar que la fórmula «*De epistola, graduali et aliis*» (o también «*De lectionibus et*

4 M. SODI – A. TRIACCA (eds.), *Missale Romanum (editio princeps 1570). Ristampa anastatica*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana 1998, 10-19.

5 Ligeramente diversa, aunque siempre en diez partes, es la división que figura en el *Misal* de Juan XXIII (1962): 1) «*De psalmo Iudica me, Deus, confessione et altaris incensatione*»; 2) «*De antiphona ad introitum, et Kyrie eleison*»; 3) «*De hymno Gloria in excelsis*»; 4) «*De orationibus*»; 5) «*De lectionibus et aliis usque ad evangelium*»; 6) «*De symbolo*»; 7) «*De antiphona ad offertorium et de orationibus secretis*»; 8) «*De præfatione*»; 9) «*De canone missæ et aliis usque ad postcommunionem*»; 10) «*De conclusione missæ*» («*Rubricæ generales Missalis Romani. Caput VIII [De diversis Missæ partibus]*», en M. SODI - A. TONIOLO [eds.], *Missale Romanum. Editio Typica 1962. Edizione anastatica e Introduzione*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana 2007, 30-35). Después, en la catequesis, estas diez partes venían frecuentemente reagrupadas en dos divisiones mayores: «Misa didáctica» (llamada también «de los catecúmenos»), que iba desde el comienzo hasta antes del ofertorio, y la «Misa sacrificial»

aliis usque ad evangelium») mortificaba gravemente la liturgia de la Palabra, como también la «*consecratio*» aislada conceptualmente entre un «*canon missæ ante consecrationem*» y un «*canon missæ post consecrationem*» (o comprendida en el vago título «*De canone missæ et aliis usque ad postcommunionem*») estaba lejos de evocar la fascinante comprensión que los padres tenían de la plegaria eucarística.

Sin embargo en el *Missale Romanum* del 1970 la misa se articula en cuatro divisiones mayores, dos de las cuales se subdividen a su vez:

- 1) *Ritus initiales*; 2) *Liturgia Verbi*; 2a) *Lectiones biblicæ cum homilia*;
- 2b) *Oratio fidelium*; 3) *Liturgia eucharistica*; 3a. *Prex eucharistica*; 3b. *Communio*; 4) *Ritus conclusionis*.⁶

Podemos estar seguros de que en esta estructura, felizmente redescubierta y restablecida, todos los santos Padres se habrían reconocido, comenzando por Justino, que fue mártir en Roma hacia el año 165 dC. De hecho, de su célebre descripción de la liturgia dominical emerge con una claridad desarmante la estructura que ha guiado la restauración del edificio litúrgico. Ante todo, como marco ritual, Justino menciona (en apertura) la reunión litúrgica de todos en el mismo día y en un mismo lugar, y (en clausura) el compromiso de caridad. Dentro de este marco se encuentran, como el lienzo de un cuadro, la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística, con sus respectivas articulaciones internas.

En la escuela de Justino, pues, no tenemos dificultad para individuar en la liturgia de la Palabra la presencia de dos pilares maestros estructurales, que son respectivamente la proclamación actualizante de la Palabra de Dios (lecturas + homilía) y la respuesta suplicante de la comunidad (oración de los fieles). Si podemos resumir el primer pilar con la interpelación bíblica «¡Escucha, Israel!» (Dt 6,4), resumiremos el segundo con otra interpelación también bíblica «¡Escúchanos, Señor!» (Dn 6,4). Igualmente, en la misma escuela, individuamos también dos pilares maestros en la liturgia

(denominada también «de los fieles»), que iba desde el comienzo del ofertorio hasta el final.

6 *Missale Romanum*, editio typica tertia 2002, 30-39 («*De singulis missæ partibus*»).

eucarística, la plegaria eucarística y la comunión respectivamente. Si podemos sintetizar el primer pilar con la súplica «*Te igitur, clementissime Pater, supplices rogamus ac petimus...*», expresaremos el segundo diciendo: «*Panem nostrum cotidianum da nobis hodie*».

Consciente de haber realizado, gracias al *Consilium ad exsequendam constitutionem de sacra liturgia*, la restauración querida por los padres conciliares, Pablo VI afirma en la Bula *Missale Romanum*:

El reciente Concilio Ecuménico Vaticano II, con la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, ha puesto los fundamentos para la revisión general del *Misal Romano*: en efecto, ha establecido, en primer lugar, [a] que «los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan», luego, [b] que «se revise el ordinario de la misa, de modo que se manifieste con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión, y [c] se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles»; después, [d] que «se abran con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, a fin de que la mesa de la palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles»; finalmente, [e] que «se elabore el nuevo rito de la concelebración y se incluya en el Pontifical y en el *Misal Romano*.

Además, casi protegiéndose ya de las acusaciones que hoy conocemos, el Pontífice prosigue:

No se debe pensar, sin embargo, que esta revisión del *Misal Romano* sea algo improvisado, ya que los progresos realizados por la ciencia litúrgica en los últimos cuatro siglos le han preparado el camino. Después del Concilio de Trento, el estudio de los «antiguos códices de la Biblioteca Vaticana y de otros, reunidos de distintas procedencias» –como asegura la Constitución apostólica *Quo primum*, de nuestro predecesor san Pío V– sirvió no poco para la revisión del *Misal Romano*. Pero, desde entonces, han sido descubiertas y publicadas antiquísimas fuentes litúrgicas; y, además, los textos litúrgicos de la Iglesia Oriental han sido conocidos e investigados más profundamente [...].

Dicho esto, concluye el Pontífice:

Queremos, además, que cuanto hemos establecido y prescrito tenga fuerza y eficacia ahora y en el futuro, sin que obsten, si fuere el caso, las constituciones y ordenaciones apostólicas emanadas de nuestros

predecesores, o cualquier otra prescripción, incluso digna de especial mención y derogación.

2. LA REFORMA LITÚRGICA EN CLAROSCURO

Queriendo intentar un retrato vivo de la reforma litúrgica, desgraciadamente hemos de reconocer que las luces son tantas como las sombras. Con ello queremos decir que la respuesta al proyecto que emerge de los *Prænotanda* de los libros litúrgicos, a cincuenta años de su promulgación, deja todavía mucho que desear. Limitándonos al rito de la misa, debemos reconocer que la reforma litúrgica supo simplificar el rito de entrada, focalizándolo en el saludo inicial, que volvió a ser, como en el tiempo de los padres, el elemento fundamental. Ciertamente, si Juan Crisóstomo, que nos dejó fabulosas mistagogías sobre el saludo inicial, entrase hoy en una de nuestras iglesias tendría mucho que decir tanto al sacerdote que lo hace sin convicción, como a la asamblea que lo sufre distraídamente.

La reforma litúrgica nos hizo redescubrir, al adoptar las lenguas vernáculas, las riquezas de la Palabra de Dios, sobre todo sintonizando los oídos de la Iglesia a la escucha con la voz de Dios que habla a través de la boca ministerial del lector. Aunque hoy la comprensión parece asegurada, queda camino por recorrer. Para empezar en la preparación de los lectores, que no siempre están a la altura de su misión. Al generoso ofrecimiento hecho por Pablo VI con el lectorado instituido muchos agentes pastorales respondieron «¡No, gracias!», liberalizando de hecho el ministerio del lector. No es infrecuente ver en el ambón lectores en ciernes, lectores improvisados, lectores salvajes que no tienen ninguna familiaridad ni con la Palabra de Dios ni con las exigencias requeridas para su proclamación. A veces, cuando termina la lectura, el lector está harto de tantas sílabas como se ha comido, mientras que la asamblea queda en ayunas al no haber comprendido nada. Demasiado a menudo sucede que la Palabra de Dios, aun con la mejor intención, resulta literalmente masacrada, desacralizada, trastornada; pero pocos se escandalizan, o porque no saben o porque no se atreven. Además la reforma litúrgica nos ha hecho

comprender la importancia de la homilía, a propósito de la cual los padres sinodales del 2008, constatando su no buena salud, sugirieron oportunos remedios.

La reforma litúrgica nos ha hecho redescubrir, tras quince siglos de pérdida, la oración de los fieles, en obediencia a cuanto establece la constitución conciliar: «Restablézcase la "oración común" o de los fieles después del evangelio y la homilía [...]» (SC 53). Hoy sabemos que tal recuperación fue posible gracias al redescubrimiento de aquellas supervivencias oficiosas suyas denominadas con el nombre técnico de *prières du prône*.⁷ Pero hay todavía mucho que hacer para sensibilizarnos a reconocer su importancia, a respetar su fisonomía de súplica, a no transformarla en una cantilena de experiencias horizontales que van imponiendo por costumbre un pobre estereotipo.

La reforma litúrgica nos ha hecho redescubrir la plegaria eucarística, recuperada a alta voz, sintonizando esta vez los oídos de Dios a la escucha con la voz de la asamblea que habla a través de la boca ministerial de su sacerdote. Pero deberíamos caer en la cuenta –con un convencido *mea culpa* por parte de los ministros del altar y de cuantos están llamados a formarlos– de que esta oración, con la que la Iglesia desde siempre hace la Eucaristía, sigue siendo la gran desconocida, sin llegar a transmitir sus exuberantes riquezas. El mismo recurso sistemático a ese formulario contenido en las páginas más torturadas de nuestros misales revela un mal disimulado deseo de acabarla cuanto antes. Pero no era esta, obviamente, la intención de la reforma litúrgica cuando puso al lado del venerable canon romano las nuevas plegarias eucarísticas.

Aun sabiendo que nuestra reseña procede a vuelo de pájaro, digamos también que la reforma litúrgica, valiéndose de la obra iniciada por maestros del espíritu del siglo XVI –no último, Ignacio de Loyola⁸ y recomendada autorizadamente por Pío X y Pío XII, hizo redescubrir a los fieles la necesidad de recibir con frecuencia la comunión sacramental, la verdadera, la instituida por el Señor,

7 Para la subsistencia en área hispana de las *prières du prône*, cf. C. GIRAUDO, *La liturgia de la Palabra. Escucha, Israel –Escúchanos, Señor*, Salamanca: Sígueme 2014, 146-150.

8 Cf. J. BEGUIRIZTAIN, *San Ignacio de Loyola, Apóstol de la comunión frecuente*, Barcelona: Subirana 1909.

que la precedente insistencia prudencial a favor de la comunión espiritual había terminado por oscurecer. Junto a esta luz quedan aún dos sombras. Una debida al hecho de que en muchos lugares se siga dando la comunión recurriendo sistemáticamente a la reserva eucarística, a pesar de la invitación –de nuevo reiterada en los últimos *Prænotanda*– a distribuir la comunión con las hostias consagradas en la misma misa.⁹ La otra está en la extendida apatía mostrada en relación a la comunión bajo las dos especies para los fieles laicos. Desatendiendo este don de la reforma litúrgica, de hecho en el plano celebrativo nos seguimos comportando como si el Señor hubiese instituido la Eucaristía bajo la sola especie de pan.¹⁰ ¿No tienen, quizá, razón los cristianos de Oriente para escandalizarse por estas prácticas típicamente latinas, que oscilan entre el desempeño ministerial y el minimalismo sacramental?

3. ¿CÓMO ALEJAR LAS SOMBRAS DE LA REFORMA LITÚRGICA?

Ante los tantos baboseos que han ofuscado y desgraciadamente siguen ofuscando la liturgia, algunos se escandalizan, entran en crisis y dicen: «¡ya no hay fe!». Otros acusan a la reforma litúrgica, y contraponen polémicamente el *Misal* de Pablo VI y el *Misal* de Pío V. Otros invocan el retorno al uso del latín como remedio seguro a los infortunios de la estación posconciliar. Otros quisieran volver a poner el altar pegado a la pared. Otros desearían volver a ver las balaustradas incluso en las iglesias de nueva construcción. ¿Sueños de incurables nostálgicos? Ciertamente sí, pero también signos de un malestar litúrgico-pastoral a no minusvalorar, o mejor aún a interpretar.

9 «Es muy de desear que los fieles, como el mismo sacerdote tiene que hacer, participen del cuerpo del Señor con pan consagrado en esa misma misa y, en los casos previstos (cf. núm. 283), participen del cáliz, de modo que aparezca mejor, por los signos, que la comunión es una participación en el sacrificio que se está celebrando» (OGMR 85).

10 Contra la comunión de los laicos al cáliz algunos invocan –equivocadamente– cuanto afirma el Concilio de Trento respecto a la comunión bajo una sola especie (cf. DS 1641 y 1653; 1729 y 1733). Pero no debemos olvidar que la perenne validez de esta clarificación teológica ha de ser encuadrada en su preciso contexto histórico que, incluso estimulándola, impidió al concilio acoger las conflictivas reivindicaciones de los reformadores.

Una explicación para estas tensiones ha de buscarse en el pasaje—que se produjo en el inmediato postconcilio, pero cuyos rastros permanecen— de un cuadro excesivamente rígido a otro excesivamente libre. Si antes todo estaba regulado con firmeza, esclerosis de formas, innaturalidad, que convertían la liturgia de entonces en una «liturgia de hierro», hoy dominan naturalidad y espontaneidad, indudablemente sinceras, pero con frecuencia mal entendidas, que corren el riesgo de hacer de la liturgia una «liturgia de caucho», resbaladiza, superficial, jabonosa, que a veces se expresa en un ostentoso salto de toda normativa rubrical. Sobre el plano somático nosotros somos lo que somos, porque tenemos una espina dorsal, o sea una estructura que nos sostiene y nos hace operativos. Nuestra espina dorsal no es ni de hierro ni de caucho. Es de carne, es humana; tiene una consistencia rígida cuando hace falta, pero al mismo tiempo sabe adaptarse admirablemente a nuestras exigencias de vida y de acción. Así debe ser para la liturgia: su espina dorsal debe ser de carne, debe ser humana, debe saber armonizar fidelidad a la tradición y adaptación a las situaciones presentes de una Iglesia en perenne devenir. Evidentemente la reforma ha sido realizada a nivel de los textos (en italiano «*testi*») litúrgicos, pero no ha penetrado suficientemente en nuestras cabezas (en italiano «*teste*»).

Hoy el peligro para la liturgia viene de dos orillas opuestas, un peligro igualmente insidioso: por un lado, la facilonería, el permisivismo; por el otro, un retorno nostálgico, que a veces suena a formalismo, a tradiciones con la «t» minúscula. Se equivocan unos y se equivocan los otros: todos por exceso. Renunciando, en consecuencia, con la misma determinación tanto a proseguir despreocupadamente la marcha de la reforma litúrgica, como a invocar nostálgicamente un cambio de sentido de la marcha, hemos de trabajar en dos direcciones.

En primer lugar debemos preocuparnos de redescubrir la dimensión sagrada de la liturgia. Aunque el *Motu proprio Summorum pontificum* del 7 de julio de 2007 crease en los convencidos defensores de la reforma litúrgica una comprensible desazón, agradecemos a Benedicto XVI el que, con su publicación, hiciera sonar la alarma sobre la principal deriva litúrgica del período posconciliar, representada por el ofuscamiento práctico, y con frecuencia la pérdida

total, de la dimensión de lo sagrado.¹¹ Si la hemos perdido—porque en muchos casos se ha perdido— debemos redescubrirla y hacerla nuestra lo antes posible, mediante el adecuado empleo de aquellos signos gestuales y verbales que ayudan a tenerla despierta, sin olvidar un cierto debido mantenimiento de la lengua latina y del patrimonio musical que ha caracterizado la entera tradición de Occidente. Por nuestra parte, estamos convencidos de que todo lo que muchos cristianos buscan en el *Misal* de Pío V lo pueden encontrar con gran sorpresa para ellos en el *Misal* de Pablo VI, celebrando en latín, limitándose al canon romano, respetando las rúbricas—comprendidas en su perfil histórico y teológico—, ayudados por el profundo sentido de lo sagrado que han sabido mantener, sin dejarse condicionar por quienes desgraciadamente han perdido esta sensibilidad.

En segundo lugar, debemos apuntar con todas las fuerzas a la calidad y a la profundidad de la formación litúrgica de los sacerdotes—obispos incluidos—, de los religiosos y de los laicos, porque queda aún mucho camino por recorrer para llegar a una completa asimilación de la Constitución sobre la sagrada liturgia. La reforma litúrgica está enferma por el simple motivo de que sus hodiernos destinatarios la han recibido de manera epidérmica. Se trata de una enfermedad a curar, no de un enfermo a eliminar. Corresponde a los obispos vigilar, corresponde en particular también a los superiores religiosos, dado que no raramente es precisamente en sus comunidades donde se debilita aquel auténtico *sentire cum Ecclesia* que no puede dissociarse de la dimensión sagrada de la liturgia. Corresponde especialmente a los formadores de los actuales y futuros ministros la tarea de proveerlo mediante una enseñanza, no sólo rubrical, sino sobre todo histórica y teológica que, mirando también a las liturgias de Oriente, ayude a comprender mejor la liturgia de Occidente.

Cesare GIRAUDO

Liturgista, doctor en teología.

11 Cf. C. GIRAUDO, «La liturgia nel solco della tradizione. Riflessioni in margine al Motu proprio “Summorum Pontificum”», *Rassegna di Teologia* 48 (2008) 805-822 y *Rivista Liturgica* 95 (2008) 253-272; cf. también *La Civiltà Cattolica* 2007 III 455-460.